

HOY, 00:13

Daniela Hernández León

@enfermadesentimiento

doi.org/10.56029/NX22119

Hoy la tarde ha estado tan quieta que parecía que al aire le daba miedo moverse (camino despacio para no molestarle).

Me detengo antes de salir de mi cuarto y siento un frío tímido que me pellizca el lunar del cachete derecho (quizás el aire no tiene miedo a moverse sino a hacerlo solo).

Pongo música mientras pienso en qué voy a cenar y esa canción que siempre me ha parecido boba, esa que habla de cosas banales, sin sentido ni importancia, de pronto me organiza el pecho: como si la torpeza esta vez no se riera de mí, como si la memoria fuera una sombra a la que puedo volver sin vergüenza.

«Watch out, the world's behind you
There's always someone around you who will call
It's nothing at all»

Y entonces pienso que tal vez lo terrible no es tan terrible, que a lo mejor ese borde que se sentía tan filoso en la madrugada era apenas la falta de una manta. Que el invierno no es siempre sentencia sino a veces —si me permito mirar con menos nervios una risa que se acerca lo suficiente a una caricia cuidada.

Hoy no tengo un verso honorable para cerrar, solo esta frase demasiado larga que se me fue —como siempre— de las manos.

Hoy el dolor se parece más a un reflejo en un plato que no lavé ayer que a una tragedia irreversible.

Y aunque no sé cuánto durará esta calma, me quedará un rato aquí, con la canción sonando: y moveré el recuerdo 8 cm a la izquierda de mis manos. Suficiente para que exista. Suficiente para que no me arrastre.